

y hablaremos un rato. Es muy grato para un salvaje como yo, hablar con un parisien espiritual como vos.

V

Sentáronse en uno de los divanes de la sala de juego, y dijo Mourad con indolencia:

—¿Habéis quedado hoy contento de Fatmah?
¿Se ha colocado bien?

—Perfectamente, — murmuró Jorge turbado al oír pronunciar el nombre de su modelo.

—Os la he enviado; y si no va todos los días, se quedará sin acabar el retrato, porque la mando á su país.

—¿Y por qué? Perdonad la pregunta.

—¿Cómo! ¿no os lo ha dicho?

—No; me ha dejado entender que os habíais cansado de ella.

—¡Ah! ¿Eso créé? Entonces ya me explico su tristeza. ¡Si ella conociera mis verdaderos motivos!...

—¿Tenéis otros?

—¡Ya lo creo! Pero no quisiera que llegara á su noticia; abusaría de mi debilidad y de su poder.

—Soy incapaz de venderos.

—Es verdad; voy á abriros mi corazón, mucho más que vos sois el único á quien puedo hablar de ella.

Llamó á un criado, pidió fuego para encender el cigarro que en la mano tenía, y volviéndose hacia Bussine, exclamó:

—Sabed, amigo mío, que me separo de ella,

que la envío á su país, porque sufro celos ridículos.

—¿Vos?

—Sí, y no os asombraríais si conociérais á Fatmah como yo la conozco. Es una mujer caprichosa, adorable, la única que, entre tantas mujeres como encerraba mi *harén*, ha logrado fijar mi atención y hacerme dolorosa su separación. Su hermosura, su pasión, su abandono, la hacen de tal manera encantadora á mis ojos, que no puedo permitir que pertenezca á otro; sobre todo á mi vista, en la ciudad que yo habito.

—¿Y teméis, — murmuró Jorge cuya emoción subía de punto, — que pueda preferir á otro hombre?

—¡Quién sabe! Ya no está en Oriente, no está rodeada de rivales que la espían, de esclavas que la vigilan, de eunucos responsables de su virtud... Goza en Paris una libertad casi completa, y desde hace algún tiempo observo que entra y sale demasiado, y él otro día sorprendí á un joven que trataba de introducirse en mi casa... es decir en la suya... ¿Qué queréis? Es absurdo, ridículo, pero estoy celoso; y como los celos mortifican la existencia, yo no quiero que nada altere la mía, y por eso aparto á Fatmah de mi camino.

—¿Para siempre?

—No tal; pienso ir á buscarla el próximo verano; no puedo prescindir enteramente de ella; no puedo olvidarla; y si os he pedido su retrato, es para tenerla siempre á la vista. Con que concluiréis su retrato á la mayor brevedad, ¿no es cierto?

—Sí tal, pero...

—¿Cómo! ¿Qué os detiene? ¿Tenéis secretos para mí? Yo no los tengo para vos.

—Me admira que siendo tan celoso, déis permiso á Fatmah para salir y entrar á su antojo.

—No la autorizo más que para ir á vuestra casa.

—¿Qué importa?

—¡No os comprendo! — dijo Mourad afectando la más cándida inocencia; — ¿queréis darme á entender que Fatmah corre algún peligro en vuestra casa?

—¡Quién sabe! — repuso Jorge, sonriendo.

Mourad le miró maliciosamente, y le dijo:

—¿No os ofende mi franqueza?

—De ningún modo, podéis hablar.

—Pues bien, no me ha ocurrido nunca la idea de que pudiérais ser mi rival.

—¿Por qué?

—Porque, á la verdad, ... me ponéis en un verdadero aprieto.

—No tengáis cuidado, hablad.

—Conozco á Fatmah, no se dejará interesar más que por algún hombre de gran fortuna, y sobre todo, joven y hermoso.

Mourad fue aquí interrumpido por otro de los socios que vino á estrechar su mano, y esta interrupción fue de las más dichosas, porque Jorge estaba ya exaltado y nervioso. La llegada inesperada de Fatmah, su coquetería, sus confidencias, la esperanza que le había dejado entrever, y por último, los insultos de Mourad, que iban derechos á lastimar su amor propio, acabaron de hacerle perder el juicio.

Debía hacer todo cuanto estuviera en su mano para pisotear el orgullo de aquel insolente moro, que se había atrevido á decirle: *¡Estar celoso de vos! No sois ni bastante guapo, ni bastante joven, ni bastante rico, para conquistar á una mujer como Fatmah.*

¡Rico! Aún podía serlo, y sólo con esto la hermosa circasiana pasaría de los brazos de Mourad á los suyos, y al pensar así acariciaba, á pesar suyo, los billetes de Banco que llevaba en el bolsillo.

Mourad, después de hablar algunos instantes con el amigo que llamó su atención, volviéndose á Jorge, le dijo:

—Perdonad; os he dejado un momento, pero ya soy todo vuestro. Así, pues, está decidido; concluidme cuanto antes el retrato de Fatmah, y de este modo no estaremos del todo separados, y su imagen seguirá dándome la dicha.

—¡Ah! ¿Os da la dicha?

—Todo lo que intento desde que la conozco, me sale bien; todo lo que me la recuerda, es para mí un talismán; por eso antes de tomar cualquiera resolución, miraré su retrato, como miro ahora su sortija.

—¿Qué sortija?

—Esta.

Y sacó de la anilla de su reloj una sortija que le servía de sello.

—Ved, — exclamó, — estos caracteres árabes grabados en la piedra; quieren decir: *Hago la fortuna de los que creen en mí.*

—Ya que la vuestra está hecha, ayudadme á comenzar la mía, dándome esa sortija.

—Dáosla, imposible; pero os la prestaré.

Un jugador afortunado acababa de separarse de la mesa del juego, y pasó delante de nuestros interlocutores con un paquete de billetes en la mano.

—¡Diablo, parece que os ha sonreído la suerte! — dijo Mourad.

—En efecto, y no soy el único; todos los *puntos* han ganado en contra del *banquero*. Su mala suerte que aguardábamos para hoy, se ha cumplido.

En aquel momento el *banquero* empezaba una nueva partida.

—Trata de alucinarnos, — dijo uno volviéndose hacia los que ocupaban el diván, y conociendo

á Jorge, añadió: — ¡Calle! ¿Sois vos? ¿Cómo no aprovecháis la ocasión de ganar todo lo que en otro tiempo perdisteis?

Jorge se levantó como movido por un resorte, corrió á la mesa, y colocando á una carta la sortija de Fatmah, exclamó:

— Vale por doscientos luises.

Jorge de Bussine ganó tres veces consecutivas, y llegó á realizar una ganancia de veintiocho mil francos.

— A Fatmah le debéis todo eso, — dijo Mourad á su oído.

— Así lo creo: ¿me dejáis un instante más la sortija?

— ¿Por qué no, si ese talismán os presta ventura?

— ¿Queréis asociaros conmigo?

— No tal; sabéis que no juego bajo ningún pretexto, lo he jurado.

Jorge se acordó de su juramento, y palideció; ¿pero á qué pensar en ello? Si había sido perjuro, ¿por qué no aprovechar las ventajas de su falta? *No corro ningún peligro, pensaba, está asegurada la suerte.*

Un jugador le dejó su sitio, y colocado en primer término, siguió jugando á todo riesgo, sólo que en lugar de colocar dinero colocaba la sortija; si ganaba, recogía la ganancia, y si perdía, pagaba la suma que había ofrecido á cambio de la sortija.

— Os reintegro vuestra alhaja.

— Conservadla algunos días; me han dicho que habéis realizado un beneficio considerable, no procuréis deteneros en tan buen camino.

— Por el contrario, — exclamó Jorge, — me contentaré con lo ganado hoy; tengo miedo á los días sucesivos.

— ¡Bah! Con ese talismán, nada tenéis que te-

mer. Dentro de ocho días, si realmente habéis renunciado al juego, me la devolveréis; yo, mientras Fatmah esté á mi lado, no la necesito, puesto que es ella quien me da la dicha; y voy á verla ahora.

Estas últimas palabras estremecieron á Jorge: la hermosa circasiana se le apareció de nuevo, y se le apareció hermosa, enamorada, en brazos de otro, y repuso vivamente:

— Acepto vuestra oferta, guardo la sortija.

Salió del Club y por el camino se decía:

— Pocas noches como ésta, ya habrán cambiado los papeles, y él será quien sufra los celos que hoy destrozan mi corazón.

¡Dejar de jugar! ya no pensaba en ello, ¿para qué? cuando se pierde, es prudente dejar de jugar, pero cuando se gana, es insensato; y mirando la sortija, exclamaba:

— ¡Qué bobería es creer en esta sortija! He ganado, porque ya sé jugar; porque no me he apartado de la línea trazada; porque los tres años de reposo me han dado la prudencia necesaria, y hoy, con la edad, la reflexión y el cálculo, seré invencible.

Al día siguiente Fatmah fue á verle, y le mantuvo á igual distancia.

— ¿Sabéis que vuestra partida está decidida en el ánimo de Mourad?

— Lo sé.

— Pero no partiréis; yo me opondré á ello, estoy resuelto.

— ¿Qué podéis hacer para impedirlo? — repuso ella mirándole con ternura: — si me opongo á las órdenes de Mourad, me abandonará, y no me siento con valor para pasar en París de la opulencia á la miseria.

— No sucederá eso, — exclamó Bussine con vehemencia; — ya me ocupo de tu porvenir; te daré todo lo que me has pedido.

Y obligándola á sentarse á su lado sobre el canapé, repuso:

—Escucha: nuestras dos existencias estarán estrechamente unidas. ¡Yo te juro comprar tu independencia! En ese escritorio hay una suma considerable; toma lo que necesites para comprar trajes, amueblar casa, y si aún es poco, dentro de unos días te daré más; te daré cuanto quieras; pero, ¡por piedad, no prolongues mi agonía! ¡Di que me amas!

—En mi país, — dijo la circasiana levantándose; — si los hombres tienen muchas mujeres, nosotros no tenemos más que un dueño.

—Ya no le tienes, déjale antes que él te deje á tí.

—¿Y por qué le he de dejar? ¿Por una suma de dinero más ó menos grande que me ofreces? No me has comprendido; no es eso lo que yo quiero. Te he pedido que asegures mi porvenir, como aseguráis en Europa el de una joven pobre, á quien se quiere casar. Asegúrame un dote, una renta... Nuestros amores no han de ser amores de un día, de un capricho... ¡Quiero que sean duraderos, eternos!

Y como sintiéndose arrebatada por la pasión, estrechó á Jorge en sus brazos y salió del estudio, dejándole bajo aquella impresión.

El mismo día á las cinco, el señor Bussine se encaminó al Club. Como el día anterior, ganó entre la tarde y la noche unos treinta mil francos, y su buena suerte siguió favoreciéndole unos cuantos días.

—¡Bravo! — le decía Mourad, que parecía descuidar su asistencia á los otros Círculos para seguir con interés el juego de Jorge; — sois un verdadero jugador. ¡Audacia y prudencia á la par! ¡Recibid mi parabién!

Trastornado por estos elogios, porque los ju-

gadores son tan ridículos que fundan su vanidad en el vicio mismo, y más trastornado, sobre todo, por las insinuaciones de Fatmah, que le instaba para que cuanto antes cambiase su existencia, volvía á entrar de lleno en su antigua vida, menos tormentosa, porque al presente la fortuna le colmaba con sus dones.

Un día llegó á ser dueño de cincuenta mil francos, y resolvió apresurar el desenlace de sus amores; pero no se trataba de triunfar brutalmente de una mujer, tratábase de decirle con toda la vehemencia de la pasión:

—Ya has sufrido bastante; tu martirio ha cesado; puedes trasladarte á tu nuevo domicilio cuando quieras.

En cuanto entró aquel día la circasiana, animado ya con su buena fortuna, corrió á ella con los brazos abiertos; pero Fatmah, quitándose un largo alfiler de acero de los cabellos y dirigiendo la punta hacia su pecho desnudo, dijo:

—Si dáis un paso más, me clavo este alfiler, y muero en el mismo instante; su punta está emponzoñada con uno de los venenos más activos de mi país.

Jorge tuvo miedo y se alejó.

Después de esta escena estuvo tres días sin parecer. Jorge sufría; no tuvo ni valor para ir al Círculo, lo que denotaba su completo abatimiento; y cuando al cuarto día apareció, su modelo le dijo, tratando de capitular:

—Habéis pronunciado la palabra dote, y la acepto; pero fijaros en lo que ha de consistir. No tenemos ni padres ni Notarios que puedan fijarle, fijémosle nosotros. Yo creo que se puede tener en París una vida independiente, con quince mil francos al año; yo os lo aseguro en títulos de renta; ¿aceptáis?

Fatmah reflexionó un momento, y dijo:

—Sí, acepto; pero no perdáis tiempo, porque Mourad exige que parta, y yo no quiero dejaros.

Estas palabras no podían inspirar á Jorge ninguna duda: Fatmah le amaba, y al fin Mourad sería castigado por su insolente conducta.

¿Qué suma necesitaba para comprar la renta ofrecida y aceptada? Cincuenta mil francos. Nada más fácil que ganarlos aquella noche misma. ¿No continuaba la fortuna siéndole propicia?

VI

El señor de Bussinese dirigía al centro de Paris para ir al Circulo, cuando Cesarina, que había estado haciendo labor todo el dia al lado de Susana se levantó y dijo:

—Os dejo, hija mía; Cornelio me ha comprometido para comer con él.

—Idos, pues, —repuso la joven con los ojos fijos sobre su labor.

—Temo, —repuso Cesarina, no venir mañana á haceros compañía; tengo mucho que hacer.

—Comprendo, —murmuró Susana, sin levantar la vista, —que no se puede estar aquí y en Melun.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que mañana á las once se ve una causa en el Tribunal de Melun, á la que sin duda queréis asistir, porque el acusado os interesa

—¿Qué acusado? ¿De quién habláis?

—De un tal Luciano Lecomte, estoy perfectamente enterada, y voy á daros la prueba.—Y llevando la mano al canastillo de labor, sacó un

fragmento de papel, cortado de un periódico, y leyó así: “Mañana se verá en la Audiencia „de Melun, Sena y Marne, un proceso de interés. „El acusado, que comparece por robo de diez „mil francos, hecho en la Casa Central de Melun, „es el famoso Luciano Lecomte, condenado hace „tres años á seis de reclusión, por desfalco de la „Caja que custodiaba en la casa de banca *Robins „y Compañía.*”

Terminada su lectura, guardó el fragmento del periódico, y dijo á Cesarina:

—Ya veis que estoy perfectamente enterada, que mañana se juzga á Luciano Lecomte. ¡Se juzga á mi tío!

Y como Cesarina balbucease y tratara de negar, Susana exclamó:

—No tratéis de negar; es inútil, lo sé todo. ¿Habéis creído que olvidaba á mi tío, porque hace tiempo que no hablo de él? Me llama á Paris, vengo y no le encuentro; me hacen creer primero que está enfermo, y después trato de averiguar por mi parte, y me consagro á leer periódicos; ¡los periódicos dicen tantas cosas! Vos no me los habéis querido traer; me decíais siempre que los periódicos no son lectura propia para una joven... Yo, entonces, he ganado á mi criada, que me ha traído secretamente todas las mañanas cuantos periódicos encontraba. Por mucho tiempo, los periódicos nada me han dicho, y cuando ya desesperaba de encontrar algo, el apellido de Lecomte saltó á mis ojos... es también el mio; mi padre ha preferido llamarse Bussine, pero yo me llamo Lecomte; y además del nombre, la época en que le sentenciaron, el nombre del banquero en cuya casa servía... No había duda, estaba acusado por eso... ¡El, él ladrón!

—No, no es culpable; —exclamó vivamente Cesarina.

—¿Acaso tenéis necesidad de defenderle á mis ojos? ¿Le creo yo culpable? ¿Acaso no le conocía bien? ¿No me dijo mi madre en su lecho de muerte, *no dudes de él, suceda lo que suceda?*

Y mirándola frente á frente añadió:

—¿Vos habéis dudado de él?

—Sí, un instante; —exclamó Cesarina, bajando los ojos.

—Es que no le conocéis como yo; á vos no os ha escrito las cartas que me escribía y leo de continuo... Pero ya, sabiendo la verdad, he querido saberlo todo, porque le han sentenciado. Y una mañana, acompañada de mi criada, me fui á la Administración de la *Gaceta de los Tribunales*, pedí consultar la colección de los números desde el principio del año en que salimos de París, y hoy sé todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué sabéis?

—Lo que sabéis vos: lo comprendo en vuestra actitud, en vuestras miradas. No podéis, á pesar de vuestros esfuerzos, contener la emoción que os embarga... Sé lo que vos sabéis, porque las dos asistimos en los últimos momentos á mi madre, y las dos callamos, porque nada podíamos decir.

Cesarina cogió entre las suyas las dos manos de la niña y las estrechó en silencio.

Susana, ya más serena prosiguió:

—Mañana se presenta mi tío por segunda vez ante el Tribunal; quiero asistir á la vista.

—¿Vos? imposible.

—¿Por qué?

—Porque si adivina que estáis allí, si os percibe, perderá toda su serenidad; le daréis un disgusto terrible al ver que han sido inútiles todos sus esfuerzos, su sacrificio...

—Eso lo sabrá de todos modos.

—¿Por quién?

—Porque iré á verle muy pronto.

—¿Que iréis?...

—¿Creéis que he de dejarle sufrir por más tiempo sin ofrecerle ningún consuelo? No: es preciso que me vea, que me oiga decir que nunca he dudado de él: que vea que como á él la prisión no me aterra... ¡Os digo que estoy decidida! Iré.

—Bien: pero déjame al menos avisarle; de este modo su emoción será menos viva, mientras que si os ve mañana en el Tribunal, hasta le perjudicaréis, porque perderá toda la serenidad que necesita para la defensa.

—No me verá: me ocultaré en un rincón de la Sala; pero yo podré verle, oírle, no aguardar á que los periódicos me den noticias que tanto me interesan.

Y apoderándose de las manos de Cesarina, exclamó:

—Cuento con vos, amiga mía, para que me acompañéis. Vendréis á buscarme, mañana partimos para Melun, y vos, que debéis conocer allí mucha gente, me haréis entrar fácilmente en la Audiencia.

—Entraréis con mi marido, que está citado como testigo. ¡Quiera Dios que no diga tonterías! El se colocará delante de vos y os cubrirá suficientemente; pero vais á estar ausente todo el día, y es preciso prevenir á vuestro padre.

—Le dejaré una palabra escrita, y la encontrará al volver... si vuelve.

—¿Cómo si vuelve?

—Me acontece pasar muchas noches sola en esta casa. Mi padre vuelve á hacer la misma vida que hacía en tiempos de mi madre.

Detúvose confusa, y añadió:

—Yo no debería deciros esto; ¡pero sabéis ya tantas cosas!

—¿No soy vuestra única confidente, hija mía? ¿á quién sino á mí podéis abrir vuestro corazón?

—Añadid que os debo gran agradecimiento por todo lo que habéis hecho por él.

—¡Por nuestro pobre mártir, como le llamamos mi marido y yo!

—¡Sí, por nuestro mártir! No sé todavía lo que habéis hecho por él, pero mi corazón me dice que ha sido mucho. No os marchéis, amiga mía; comeremos juntas, y después, en esta estancia, confidente de mis lágrimas y angustias, me diréis cuánto ha sufrido durante los tres años transcurridos, nuestro pobre mártir.

Cesarina se quedó, y durante la velada, refirió á la joven cuanto ésta ignoraba respecto á su tío.

Conforme al deseo de Susana, al día siguiente las dos mujeres se dispusieron para salir á las ocho. Antes de abandonar la casa, la señora Petithomme dijo á la joven:

—¿Habéis dado parte á vuestro padre de nuestra expedición?

—No me ha sido posible, porque aún no ha vuelto á casa; pero le dejo dicho en una carta lo que motiva nuestra ausencia.

—Desgraciado, ha vuelto á sus antiguas costumbres,— exclamó Cesarina con despecho.

—No quiero creer que falta á su juramento,— contestó Susana, —y sin embargo, me lo temo.

Subieron en un coche y se dirigieron á la estación de Lión.

A las nueve el tren de Melun se puso en marcha.

Cuando llegaron al término de su viaje, se dirigieron al Palacio de Justicia, en cuya entrada les aguardaba el señor Petithomme. Éste les informó que Luciano no comparecería hasta muy tarde; pues siendo un asunto de poco interés, lo habían dejado casi para la última vista.

—¿En dónde se encuentra mi tío?— preguntó Susana.

—Espera la hora de la vista en la prisión preventiva.

—¿Dónde se halla ésta?

—Aquí al lado del Tribunal.

—¡Ah!—dijo la joven, contemplando con tristeza los sombríos muros que encerraban á su tío...— ¡Hallarse á dos pasos de él, y no poder abrazarle!

Y volviéndose á Cesarina, exclamó con acento enérgico:

—¿Qué puedo hacer para ver á mi tío?

—¿A qué queréis verle en estos momentos?

—¿Teméis que mi visita le impresione y paralice su energía? Yo, en cambio, creo que pasado el primer momento de emoción, tendrá más valor para defenderse, sabiendo lo que sufro por causa de su detención. Y suponiendo que sea condenado de nuevo y tenga que volver á su prisión, mejor dicho, á su tumba, quiero que sepa que mi pensamiento no se separa un instante de él, y que todos los días rogaré á Dios para que fortalezca su espíritu, ¡y que sepa que le creo mártir y no culpable! ¿Quién puede permitirme ver á mi tío?— dijo con energía al señor Petithomme.

—El Prefecto,— contestó el coloso.

—Vamos á su casa.

—Me ocurre una idea,—dijo Cornelio:

—Habla,— exclamó Cesarina, asombrada de que á su marido le hubiese ocurrido una idea sin su autorización.

—El Director de la Central de Melun es el Jefe de las prisiones. Vamos á verle.

—¿Y dónde encontrarle?

—Miradle, paseándose delante del Palacio de Justicia.

—¿Voy á hablar con él?— dijo Susana con tono resuelto, adelantándose hacia la persona indicada.

El señor X... se fijó en la linda joven y en

la señora Petithomme que la seguía de cerca.

—¡Ah, señora!—dijo saludando á la última,— os creía instalada en París.

—Allí vivimos en efecto; pero hoy hemos venido para el proceso de Lecomte.

—Vuestro marido está citado como testigo, ¿y esta linda joven os acompaña como curiosa?

—Esta joven, á quien nos une vínculos de cariño, desea pedirnos un favor.

—Hablad, señorita, y tened por seguro que tendré una satisfacción en complaceros.

—Quisiera merecer el favor de ver á un desgraciado preso, á quien quiero como á un padre.

—¿De quién se trata?

—De Luciano Lecomte, —dijo Susana con voz trémula.

—¡Ah!

—Y si no he pedido antes este favor, —repuso la joven vivamente, — es porque estaba lejos de París.

—Señorita, me pedís una cosa casi imposible; para ver á un procesado se necesita una autorización.

—Si hubiera tenido tiempo de procurármela, señor, —dijo la joven sonriendo, — no podría solicitar de vos este favor, ni vos otorgármelo.

—Es verdad, —dijo el Director impresionado por el encanto de aquella joven; — pero Luciano Lecomte se halla en un caso excepcional, pertenece más á la Justicia que á la Administración.

—¡Ah, señor! no me neguéis el favor que pido.

El Director parecía vacilar; la joven comprendió que la batalla estaba casi ganada, añadió:

—¿Qué teméis, señor? ¿Tenéis miedo de una mujer, casi una niña?... Podéis asistir á nuestra conferencia.

—Está bien, —dijo el señor X... sintiéndose vencido; — seguidme; voy á dar las órdenes.

VII

Por el corredor á donde le conducía el Vigilante, Luciano se preguntaba qué nueva podía ocurrir, puesto que aún no era llegada la hora de la vista.

—Será mi Abogado, — se dijo, — que deseará preguntarme sobre algún punto del proceso.

Pero á través de la verja que cerraba el corredor vió á la señora Petithomme.

—¡Qué buena es! — pensó. — Se ha procurado un permiso y viene á hablarme de Susana.

—¡Preparaos para algo inesperado! — le dijo Cesarina en cuanto llegó cerca de la verja.

—Estoy acostumbrado á que caigan sobre mí toda clase de desgracias, hablad sin temor: ¿qué ocurre?

—¡Estáis preparado para la desgracia, pero no para las alegrías! Y vais á recibir una visita...

—¡Una visita! — Contestó el preso, embargado por profunda emoción, — y volviendo bruscamente la cabeza hacia la entrada de la galería, creyó ver en el rincón más oscuro á Susana.

Lanzó una exclamación de asombro, y dominando su emoción, corrió hacia la joven; ésta, abandonando el sitio en que estaba esperando se le reunió Cesarina, se adelantó hacia su tío, echándole con cariñoso anhelo los brazos al cuello, cubriéndole su rostro y cabeza de lágrimas y besos.

Luciano estrechaba sobre su noble pecho á aquella adorada criatura, sin atreverse á pronunciar

una palabra, una exclamación, temeroso de alejar de sí aquella dulce realidad.

Después de prodigar á la niña mil besos y abrazos, la separó dulcemente de sí, para contemplarla: embelesado, admiraba aquellas encantadoras facciones de niña, que no se habían borrado de su mente, pero que se presentaban á su vista adornadas con la gracia seductora de una preciosa joven.

El Director desde larga distancia, seguía con miedo aquella patética escena.

—¿Es su hija?— preguntó á la señora Petithomme.

—¡No! pero como si lo fuera.

—¿Creéis que puedo dejarles solos sin comprometerme? Ultimamente en la Central, por conceder un favor análogo, un Vigilante sorprendió al visitante entregando un veneno al detenido.

—Estad tranquilo, no sucederá hoy lo mismo; después de esta entrevista, el señor Lecomte estará sereno y tranquilo durante mucho tiempo.

—Fiando en vuestra palabra, voy á mandar les dejen hablar sin testigos,—y dando algunas órdenes á un Vigilante, éste invitó al preso á que pasara á un saloncito cerca del Registro.

—¡Gracias, señor, gracias!— exclamó la niña al pasar cerca del Director.

Sólo con su sobrina, el primer movimiento de Luciano fue colocarla junto á una ventana, para saciarse de su vista, y para retratar y grabar en su memoria aquella imagen querida. Después de contemplarla largo rato, exclamó embelesado:

—Te encuentro tal como te había soñado, hija de mi alma,— y sin separar su vista del rostro de Susana, prosiguió:—Tienes los grandes y dulces ojos azules de tu madre; pero hay más energía en tu mirada. Vas á cumplir veinte años, y al mirarte, me parece verla á esa edad. ¡Pobre mu-

jer! ¡Que dichosa sería en poderte contemplar! Tus cabellos siguen siendo rubios, como yo esperaba... ¿Pero por qué no los levantas más? ¿Por qué no despejas esa frente?

—Porque así lo quiere la moda, padre mío,— dijo la joven sonriendo.

—¡La moda! ¡Qué palabra tan extraña!

Casi desconocida ya por el pobre Luciano, ¡para aquel infeliz que hacía cuatro años no había visto más que á una mujer, á la Petithomme, ni había visto más que el uniforme de los Vigilantes y el de sus compañeros los presidiarios!

Después, por un encadenamiento natural de ideas, recordó el suyo, dió un paso atrás y se cubrió el rostro con ambas manos.

Susana corrió á él, apartó las manos de su rostro, y murmuró:

—¿De qué te avergüenzas? ¿de tus vestidos? ¿Acaso me ocupo de ellos? ¿acaso no sé?...

—¿Qué sabes?— preguntó el preso con inquietud, al ver que la joven se detenía.

Susana con voz clara, enérgica, como si quisiera hacerla traspasar aquellos muros, exclamó:

—¡Sé que no mereces el vestido que llevas, que la justicia se ha engañado, que pagas el crimen de otro!...

—¿De quién?— dijo mirándola con suma ansiedad.

—No lo sé, no quiero saberlo; pero otro ha robado tu caja, los Jueces se han engañado; has sido mal defendido, y por último, has de saber, querido tío, que he leído toda tu causa...

—¡Oh! la señora Petithome, sin duda...

—No, yo me la he procurado; hubo un instante que te creí muerto y era peor...

Guardaron silencio un instante, y después Luciano, mirándola fijamente, exclamó:

—No me has hablado de tu padre; de mi hermano...

—Está bien, — dijo Susana sin vacilar. — Quería venir conmigo, pero le he suplicado que no me acompañe; temía que su vista te causara demasiada impresión.

—¿Trabaja?

—Mucho, y sus cuadros tienen gran éxito; somos ya casi ricos.

—Y las noches, ¿cómo las pasa?

—A mi lado; no se separa de mí.

El rostro de Luciano se dilató, y la niña se regocijó por haber sabido mentir; pero temiendo ser interrogada de nuevo, exclamó:

—Pero hablemos de ti; dentro de poco vamos á separarnos. La señora Petithomme me ha explicado el nuevo delito de que eres acusado; te defenderás enérgicamente, ¿no es verdad? Piensa que yo estaré en la sala.

—¿Tú?

—¿Para qué he venido á Melun? Abrázame; ¿te has cansado ya de abrazarme?

—No, no, — dijo estrechándola de nuevo en sus brazos; — pero estoy asombrado. Físicamente te encuentro tal como esperaba, como te veía en mis sueños; pero no esperaba oírte hablar con decisión, con esa energía; te dejé niña, y te encuentro mujer.

—A ti te lo debo, — exclamó abrazándole, — y si encuentras firmeza en mi carácter, hablemos como dos hombres. Tú vas á defenderte, á protestar de tu inocencia. Si convences á tus jueces, si logras salir absuelto, yo me encargo de alcanzar el indulto de lo que aún te resta de tu condena anterior; no me prohíbas que me ocupe de tí; no te obedeceré; por el contrario, si te condenan...

—¿Qué quieres hacer? ¿qué piensas?

—No lo sé, pero, reflexionaré, y me ocurrirá algo provechoso.

Y continuaron hablando, indicándole lo que debía decir, y en lo que se debía apoyar, y él la escuchaba atento, extasiado.

De repente oyéronse pasos en el vestíbulo, y la puerta se abrió:

—Vienen á buscaros, — dijo Cesarina, — ha llegado el momento de separarnos.

—No importa, — dijo Susana, — no tenemos ya nada que decirnos.

Se acercó á su tío, le presentó la frente para que le besara, y cogiéndole ambas manos, le dijo:

—¡Cuento con tu valor, como puedes contar con el mío, suceda lo que suceda!

El Director, convencido de que la vista de Lecomte no tendría lugar hasta las tres, se había alejado algunos minutos, y en su ausencia, fueron á buscar al acusado para conducirlo ante sus Jueces. Estos, que no estaban prevenidos por nadie á favor del acusado, le trataron como á un criminal cualquiera.

Los Vigilantes, antes de conducirlo á la Sala del Tribunal, le hicieron entrar en la del Registro, donde reconocieron todas sus ropas, hasta los zapatos, por si ocultaba armas ó cualquier otro objeto ofensivo.

Por la puerta entreabierta, Susana presenció esta terrible escena que la avergonzaba, y cuando los Vigilantes estuvieron convencidos de que el preso no llevaba nada, le dieron un empujón brutal, y le dijeron:

—¡Adelante!

Luciano avanzó con la ligereza que permitían sus gruesos zapatos, que resonaban sobre el pavimento.

—¡Y le tratan así! — murmuró Susana con amargura.

Cesarina le tomó del brazo, diciéndole:

—Venid, no tenemos tiempo que perder.

La vista duró cinco horas. El defensor habló con cierta habilidad, pero sin energía, como quien hace una defensa de oficio y no espera retribución alguna.

El desgraciado Luciano fue condenado á cinco años de prisión y otros cinco de vigilancia.

El sentenciado abandonó la Audiencia escoltado por Guardias, como á su entrada; á su paso por una galería, tuvo la inefable dicha de recoger una tierna mirada y dulce sonrisa de Susana.

Después de perder de vista á su tío, la joven siguió triste y pensativa á la señora Petithomme que tenía empeño en volver á Paris aquella misma noche.

Durante el trayecto, Susana, en un rincón del vagón, guardaba silencio, pensaba en todo lo que había visto, meditaba en los medios de salvar á su tío, aun á pesar suyo...

En aquel momento no tenía ideas claras y distintas, su cabeza era un caos.

En la estación de Paris, Cesarina hizo subir á su compañera en un coche que las condujo á Montmatre. Estaba resuelta á pasar la noche al lado de su joven amiga, porque temía algún acceso de fiebre, producido por las emociones de aquel día. Sus temores no se realizaron. Susana, á quien desnudó y acostó, como á una niña, se durmió con pesado sueño, y Cesarina pudo descansar á su vez en un sillón en la misma alcoba.

A las nueve de la mañana la joven despertó, miró á su alrededor, hizo un esfuerzo para reunir sus ideas, se vistió después rápidamente, y sentándose en una mesa, trazó este telegrama:

Lionel Murdon; Casa Lord Murdon: Picadilly, Londres.

Podéis hecerme un favor; venid.

SUSANA DE BUSSINE.

En este momento, la señora Petithomme, entró en la estancia.

—Amiga mía, —dijo Susana abrazándola;— hacerme el favor de ir á poner este telegrama; después, tenemos que hablar.

Y como Cesarina la mirase asombrada de hallarla tan tranquila, después de haberla visto la víspera en un estado de postración tan completo:

—La fiebre ha pasado, —dijo la joven,— los nervios se han tranquilizado... ¡Quiero estar fuerte para ocuparme de él! Decidme, porque ayer no pude apreciar bien todos los detalles: ha sido sentenciado, ¿no es verdad? ¿y dónde vivirá los cinco años á que le condenan? ¿será en la Casa Central de Melun?

—No; en una prisión menos severa. Esta vez no ha sido condenado á presidio.

—¿Y á donde le enviarán?

—A Poissy, sin duda.

—Y allí podremos verle pronto, ¿no es verdad?

—No, hija mía, hasta dentro de dos años no podremos verle; es preciso que cumpla antes su primera condena.

—¿Entonces son siete años y medio los que le quedan de prisión?

—Sí, las condenas se unen unas á las otras...

—¡Muchas gracias, es todo lo que quería saber! Id al telégrafo, por favor. Si este telegrama es transmitido pronto á su destino, el amigo que espero puede estar en Paris pasado mañana.

La señora Petithomme llegaba ya á la puerta, cuando Susana la detuvo, y le dijo:

—¿Sabéis si mi padre está en casa?

—Sí, —dijo Cesarina, —le he visto entrar hace cosa de una hora.

—Para acostarse, sin duda.

—No, se ha dirigido al estudio.

—Gracias.

Poco después, Susana salía de su cuarto, bajó la escalera, atrevesó un pequeño jardín que separaba el cuerpo principal de la casa del estudio, y quedándose á la puerta, llamó á su padre.

Este no respondió. Al volver á su casa á las ocho de la mañana, no se había atrevido á dirigirse á su cuarto, temiendo despertar las sospechas de su hija, se dirigió á su estudio para que le creyeran trabajando, y se acostó en un sofá. Dormía, con ese sueño pesado, como cuatro años antes, cuando su hermano fue á decirle: *¡me has robado!*

Cansada de llamar inútilmente, Susana entró: el ruido que hizo la puerta al abrirse, despertó al señor de Bussine, y al reconocer á su hija, dijo, para ocultar su turbación:

—Has hecho bien en venir á despertarme. Desde hace pocos días, me duermo á cada instante; no sé que es esto; un poco de debilidad, sin duda.

La joven le miró, silenciosa, y le encontró pálido, demacrado, más parecido que nunca á su hermano, á quien así le tenían también los sufrimientos. Las noches pasadas al juego, el desorden de su vida, su pasión contrariada por Fatmah, el estado de excitación en que vivía, habían hecho el mismo estrago en su rostro que los tormentos del presidio en el de Luciano.

Mortificado por la atenta observación de su hija, exclamó:

—¿Qué has hecho ayer? He preguntado por tí varias veces, y me han dicho que habías salido

con la señora Petithomme: habéis pasado fuera todo el día. Sin duda habéis ido al campo, como yo deseo... ¿hacia qué parte?

—Hacia Melun.

—¡Melun! —dijo sin poder dominar su inquietud. —¿Qué habéis ido á hacer á Melun?

—Hemos ido, —dijo Susana lentamente— para asistir á la vista de la causa de un desgraciado, que se llama Luciano Lecomte, mi tío y vuestro hermano.

—¡Dios mío! —murmuró trémulo. —¿Tú sabes?

—Todo.

—Y... ¿has entrado en la Sala del Tribunal? ¿le has visto?

—Le he visto.

—Y no habrá sido condenado, ¿no es verdad?

—Sí; á cinco años más de encierro.

—¡Ah! —dijo bajando la cabeza.

Susana le miró largo rato en silencio, y después dijo:

—Esos cinco años, unidos á los tres que aún le restan de su primera condena, hacen un total de cerca de ocho años. ¿Tenéis intención de dejarle sufrir todo ese tiempo?

—No, no tal yo iré...

Susana le interrumpió con voz firme.

—No tenéis que hacer nada personalmente, ya es tarde; sobre todo, desde ayer, desde que se ha firmado su segunda sentencia. Pero yo estoy decidida á todo para salvarle; ¡yo intentaré hasta lo imposible! ¿No estáis siempre en buenas relaciones con aquel extranjero que vino con nosotros hasta Marsella, Mourad-Bey, que ha venido alguna vez á compraros cuadros?

—Sí, le veo con frecuencia.

—Quisiera hablarle; decidle que me haga el obsequio de venir un día.

—¿Qué quieres de él?

—Pedirle que ponga en juego su influencia, á fin de obtener el indulto para mi tío.

—¿Cómo! ¿Quieres?...

—Tranquilizáos: no le diré que Luciano Leconte es vuestro hermano: le hablaré de un hombre que ha prestado grandes servicios á nuestra familia... Mi padre Luciano, ha deseado ocultar los lazos que nos unían, y yo respetaré su voluntad. Espero, pues, que habéis de complacer este deseo, haciendo venir á esa persona lo más pronto posible. Ahora, perdonad si os he interrumpido en vuestro sueño... que podéis continuar; me retiro.

Jorge no encontró una sola frase para detenerla; la calma, la frialdad de Susana, le dejaron yerto; comprendía que su hija lo sabía todo y le juzgaba, y mirando en el vacío con aire estúpido, repetía:

—¡Mi hermano condenado de nuevo! ¡Trescientos mil francos perdidos en dos noches... y Fatmah perdida también!

Sentóse de nuevo en el diván, y en breve, el cansancio, más fuerte que el remordimiento, volvió á cerrar sus párpados, mientras Susana, reuniéndose á Cesarina, le decía:

—Ahora, la partida es nuestra, ¡mi única amiga! Puedo contar con vos y con vuestro esposo, ¿no es verdad?

—Como una hija puede contar con sus padres.

—Pues es preciso no dejar solo á mi padre Luciano. Vuestro marido ha tenido ya el valor de vivir á su lado en Melun; ¡qué bueno sería vivir algún tiempo allí!

—Ya lo he pensado, —dijo simplemente Cesarina.

Susana corrió hacia ella, y estrechó sus manos con agradecimiento. Cesarina continuó:

—Ayer, en la previsión de lo que pudiera ocu-

rrir, mientras estábais encerrada con vuestro tío, tomé informes; el Contratista que ha reemplazado á mi marido, parece que no está contento, y no sería difícil que Cornelio le sucediera.

—Entonces es cosa hecha, ¿no es verdad? —dijo Susana abrazando á Cesarina.

—Sí, contadlo por hecho, —respondió la señora Petithomme.

VIII

Mourad quedó sorprendido y lisongeadó, al saber que Susana de Bussine quería verle, y deseando encontrarse solo con la joven, se presentó á las seis de la tarde, hora en que sabía que Jorge no estaba en su casa; pero la señora Petithomme se encontraba al lado de Susana, y el moro, ignorante de las costumbres europeas, tuvo que renunciar á las dulzuras de una entrevista sólamente con ella.

Susana le recibió en una sala contigua á su dormitorio, y le dijo:

—Caballero, he sido muy indiscreta, sin duda, al distraeros de vuestras ocupaciones ó placeres; pero he contado con vuestra indulgencia y vuestra amabilidad. Se trata de pedir os un favor.

—Contadle ya hecho.

—Una persona, á quien he conocido siendo niña, y que ha mostrado siempre afecto á todos los míos, se ha visto hace algún tiempo encausada, aunque inocente, y condenada á una detención infamante; y os ruego, me ayudéis á pagar